

también hacer un favor á los profesores de filosofía. Como les ha contrariado grandemente que el conocimiento de mi sistema filosófico se difunda cada día más, á pesar de los esfuerzos que han hecho para impedirlo, quiero darles un pretexto para calumniarme, acusándome de proteger y de recomendar la sodomia.

CAPITULO XLV

DE LA AFIRMACIÓN DE LA VOLUNTAD DE VIVIR

Si la voluntad de vivir no se manifestase en el instinto de conservación, no habría en éste más que la afirmación de un fenómeno individual, durante el breve periodo de su duración natural. Las penas y los cuidados de una existencia tal no serían excesivos, y la vida resultaría fácil y risueña. Pero como lo que quiere la voluntad de vivir lo quiere de una manera absoluta y para todos los tiempos, se manifiesta también en el instinto de reproducción, que tiene por mira una serie infinita de generaciones. Esto es lo que destruye la calma, la serenidad y la inocencia que acompañarían á una existencia puramente individual, lo que lleva á la conciencia, la agitación y la melancolía y siembra la vida de catástrofes, tormentos y miserias.

Cuando, por rara excepción, el hombre ahoga en sí mismo este impulso, muestra una voluntad que vuelve sobre sí misma, que se convierte, la cual acaba entonces con el individuo sin pasar más allá. Tal conversión sólo es posible á costa de una dolorosa violencia del hombre sobre sí mismo; mas una vez hecho el esfuerzo, la conciencia recobra inmediatamente, y en un grado superior todavía al de antes, la calma y la serenidad de una existencia individual. Por el con-

trario, la satisfacción del instinto de reproducción, la realización de este deseo, el más violento de todos, es el origen de una nueva existencia; es comenzar la misma carrera con sus cargas, sus cuidados, sus necesidades y sus dolores. Es otro individuo el que va á vivir, pero si el padre y el hijo, diferentes como fenómenos, lo fuesen absolutamente y en sí, ¿dónde estaría entonces la justicia eterna? La vida se presenta como una obligación que hay que satisfacer, como un *pen-sum*, y, por consiguiente, casi siempre es una lucha incesante contra la necesidad. Cada cual procura salir del paso del mejor modo posible, y se recorre la vida como se ejecutaría cualquier pesada faena. Pero, ¿quién contrajo la deuda? Fué el procreador en un momento de voluptuosidad; porque uno gozó, otro está condenado á vivir, á padecer y á morir. Sin embargo sabemos, y este es el momento de recordarlo, que la multiplicidad de lo idéntico tiene por condiciones el tiempo y el espacio, que en este sentido hemos denominado *principio de individuación*. Sin esto, la justicia eterna estaría perdida para siempre. El amor paternal descansa en que el procreador se reconoce á sí mismo en el procreado, el padre está dispuesto á hacer, á padecer y á arriesgar por su hijo más que por su propia persona y al hacerlo reconoce que cumple con su deber.

La vida del individuo con sus penas, sus necesidades y sus dolores sin fin, es como el comentario y la paráfrasis del acto de la generación, de esta afirmación de la voluntad de vivir, la más resuelta de todas. Mediante ese acto, el hombre se constituye en deudor de la naturaleza; le debe desde entonces una muerte y piensa con angustia en la deuda. ¿No prueba esto que la existencia es el resultado de una falta? A condi-

ción de pagar periódicamente el tributo necesario de nacimientos y de muertes, estamos ciertos de existir indefinidamente y de gustar unos tras otros todas las alegrías y todos los dolores de la vida, sin dejar uno sólo; esta es la consecuencia de la afirmación de la voluntad de vivir. Siendo así, el miedo de la muerte que nos hace apegarnos tanto á la vida á pesar de todos sus dolores, es ilusorio; pero no menos ilusorio es el instinto que nos atrajo á la vida. Esta atracción misma podemos observarla exteriormente en las miradas, llenas de deseos, que se cambian entre dos amantes; allí vemos la expresión más pura de la voluntad de vivir en su afirmación. ¡Cuán dulce y tierna es en esos instantes la voluntad de vivir! No quiere más que dicha, gozo sereno, placer tranquilo para sí, para los demás, para todo el mundo. Es un Anacreonte. Engañada por sus propias zalamerías, se deja coger en el lazo de la vida. Mas en cuanto penetra en la existencia, no halla más que tormentos que impulsan al crimen y crímenes seguidos de tormentos. La escena no presenta más que horror y desastres dondequiera. A Anacreonte sucede Esquilo.

El acto mismo mediante el cual se afirma la voluntad y que crea al hombre, es universalmente considerado como el más vergonzoso: todo el mundo se oculta cuidadosamente para realizarlo, y, sorprendido *infraganti*, experimenta la misma vergüenza que si le hubieran cogido cometiendo un crimen. A sangre fría se piensa en él las más de las veces con repugnancia, y en ocasiones, hasta con horror, cuando nos hallamos en alguna disposición de ánimo de las más elevadas. Montaigne escribió, á propósito de esto, un pasaje (capítulo V, libro 3.º) titulado al margen, *Lo que es el amor*, que contiene consideraciones profundas y ente-

ramente conformes con mi punto de vista. El acto genésico va seguido de una turbación y de un arrepentimiento particular, sobre todo, cuando se consuma por la primera vez; y este sentimiento será, por lo general, tanto más pronunciado cuanto más noble sea el carácter. Plinio, un pagano, dice: *Homini tantum primi coitus poenitentia: augurium scilicet vitae, a poenitenda origine* (*Historia Natural*, X, 83). Por otra parte, ¿á qué ejercicio se entregan y qué cantan en su sábadó los diablos y las brujas en el *Fausto* de Goethe? Lujuria y obscenidades. En los admirables *Paralipomenos* del mismo drama, ¿qué predica á la multitud Satán en persona? Nada más que lujuria y obscenidades. Y sin embargo, la humanidad existe á condición de perpetrar incesantemente un acto de esta índole.

Si el optimismo estuviera en lo cierto; si la vida fuese el don de una bondad suprema guiada por una sabiduría suprema; si mereciere nuestra gratitud, y si fuera en sí algo precioso de que pudiésemos envernecernos y gozar satisfechos, sería preciso que el acto destinado á perpetuarla se nos presentase bajo un aspecto completamente distinto. Si, por el contrario, la vida es un paso en falso ó por un camino extraviado, si obra de una voluntad primitivamente ciega, el mejor desenlace que puede esperar es que esa voluntad se arrepienta y se suprima á sí misma, entonces el acto que perpetúa tal existencia debe ser como es.

Expondré aquí una observación que afecta á la base misma de mi doctrina, y es que la vergüenza que inspira el acto genésico se extiende á sus órganos, aunque los hayamos recibido al nacer como todos los demás. Esta es una nueva y concluyente prueba de que la voluntad no se manifiesta sólo en forma de actos, sino que también se manifiesta ó se objetiva en el

cuerpo humano, el cual no es otra cosa que su obra, pues ¿cómo podría avergonzarse el hombre de una cosa que existiera sin su voluntad?

El acto genital es, además, la clave del enigma del mundo. Este es extenso como espacio, viejo en el orden del tiempo y contiene una variedad infinita de figuras. Mas todo esto no es más que fenómeno de la voluntad de vivir, cuya concentración, cuyo foco es el acto genésico. Este es lo que expresa más claramente la esencia íntima del mundo. Es significativo que en el alemán se le llame *voluntad* á secas, en ciertas frases, como «la pidió que se entregara á su voluntad» (que fuera suya). Como expresión perfecta de la voluntad, este acto es la medula, el resumen y la quinta-esencia del mundo; nos explica su naturaleza y su marcha, es la clave del enigma. Por eso se le ha llamado «árbol de la ciencia», pues apenas se gustan sus frutos, los ojos se abren á la luz y se sabe lo que es la vida. Byron lo dijo:

El árbol de la ciencia ha sido deshojado; todo es conocido.

Por la misma razón, constituye el secreto de la comedia *Don Juan*, I, 128, el gran *απρὸς* del que jamás y en parte alguna es permitido hablar claramente, pero que se sobreentiende de suyo, como lo principal en todo negocio. Está presente siempre en la memoria de todos, y la menor alusión á él es inmediatamente comprendida. Este acto, con sus múltiples relaciones, desempeña el principal papel en el mundo, pues no hay rincón de la tierra en que no se persiga alguna intriga amorosa. La importancia del papel está en relación con la que tiene ese *punctum saliens* del huevo del mundo. Lo cómico del negocio es el misterio de que se

quiere rodear esta cosa, la más importante entre todas.

Ved cómo la inteligencia humana, joven é inocente aún, se asusta de la enormidad del acto, cuando por primera vez se le descubre el gran misterio. El motivo de esto hay que buscarlo en lo enorme de la distancia y del camino que la voluntad, en su origen inconsciente, ha tenido que recorrer para elevarse hasta una inteligencia dotada de razón, como la que el hombre posee. Durante este largo viaje se ha vuelto extraña á sí misma, hasta el punto que ha perdido de vista su propio origen, su *pœnitenda origo*, y se espanta cuando viene á recordárselo su conocimiento puro é inocente.

Como el instinto genital y su satisfacción son el foco en que se concentra la más alta expresión de la voluntad, es característico—y el lenguaje simbólico de la naturaleza lo expresa cándidamente—que la voluntad individual, es decir, el hombre y el animal, no puedan entrar en la vida por otra puerta que la de los órganos sexuales.

La voluntad de vivir, concentrada en el acto genésico, se afirma infaliblemente en el animal. En el hombre, la voluntad, que es la *natura naturans*, consigue reflexionar. Reflexionar significa conocer, no con un conocimiento aplicado únicamente al servicio de las necesidades momentáneas de la voluntad del individuo y de las urgentes exigencias del instante presente, como les ocurre á los animales, en la medida de su perfección y de sus necesidades, que marchan siempre paralelamente, sino con un conocimiento más vasto, que abarca el recuerdo preciso de lo pasado y la anticipación aproximada de lo porvenir y permite así, ya una visión completa de la propia vida del

hombre que ejercita dicho conocimiento, ya de la vida de otro ó ya de la existencia en general.

La vida de todas las especies animales, con todos los millares de años de su existencia, es en cierta medida un solo instante, pues se compone únicamente de la conciencia de lo presente, sin la del pasado ni la del porvenir, ni, por tanto la de la muerte. En este sentido es un instante permanente, un *nunc stans*. También observamos que en el animal la forma de la vida, como fenómeno de la voluntad consciente, es el presente. El pasado y el porvenir vienen á agregarse en el hombre exclusivamente y sólo como conceptos; el individuo no puede conocerlos más que en la abstracción, y, á lo sumo, la fantasía puede iluminarlos por medio de imágenes.

Así, pues, cuando la voluntad de vivir, que es la esencia de la naturaleza, en su persecución incesante de una objetivación más perfecta y de un goce más completo, ha recorrido la escala entera de los animales—evolución que en el mismo planeta se realiza muchas veces y mediante la cual todas las sucesivas series de las especies animales comienzan la existencia de nuevo,—llega al cabo esa voluntad de vivir á la especie humana, dotada de razón y de la facultad de reflexionar. Entonces el hombre comienza á ver que la cuestión es grave; se pregunta necesariamente cómo y por qué existe todo lo que le rodea, y, en particular, se pregunta á sí mismo si las fatigas y miserias de la existencia y sus aspiraciones están compensadas por los beneficios que le reportan. ¿El bollo vale el coscorrón? Este es el instante en que, á la luz de la inteligencia, tiene que decidirse por la afirmativa ó la negación de la voluntad de vivir, aunque en general no pueda concebir la negación más que en

forma alegórica. De ahí se sigue que no hay motivo para admitir que la voluntad pueda objetivarse en un grado más alto en la escala de los seres, puesto que ya en éste ha llegado al punto regresivo de la evolución.

CAPITULO XLVI (1)

DE LA NADA Y LOS DOLORES DE LA VIDA

La voluntad, saliendo de la noche de la inconsciencia para despertar á la vida, se encuentra transportada á un mundo, sin límites ni fin, poblado de innumerables individuos, todos llenos de aspiraciones, sujetos á dolores y errores, y después de haber pasado como por un ensueño penoso, corre á sumergirse de nuevo en su antigua inconsciencia. Pero hasta entonces sus deseos son ilimitados, sus pretensiones inagotables; todo anhelo satisfecho engendra una nueva aspiración. No hay satisfacción en el mundo que baste á hartar su codicia, á poner término á sus exigencias, á colmar el abismo sin fondo del corazón. Junto á esto vemos cuál es para el hombre la parte ordinaria de satisfacción que le cabe en suerte en todas las cosas. Vemos que se limita comúnmente á la trabajosa conservación de la existencia, ganada día por día á fuerza de trabajo y de cuidados incesantes; á costa de una lucha incesante con la necesidad y con la muerte, siempre en perspectiva.

Todo anuncia en la vida que la felicidad terrena

(1) Este capítulo sirve de complemento á los §§ 56 á 59 del primer volumen. Véanse también los capítulos 11 y 12 del segundo volumen de *Parerga y Paralipomena*.